

movimientos pacifistas no están exentos de histeria. La infantería ha sido un factor decisivo en todas las guerras de este siglo y esto puede inclinarnos a suponer que también podría serlo en el futuro.

Actualmente, la tierra entera se parece a la península griega en los tiempos de la Guerra del Peloponeso, al menos en el sentido que la democracia tiene para sus países enemigos, que inician el entrenamiento militar de su juventud desde la infancia. Asimismo, tanto la moderna Atenas como la moderna Esparta están afectadas por graves dolencias y sus políticas están en gran medida modeladas por sus enfermedades. Una declinación de las virtudes cívicas se está produciendo en el Oeste y por lo tanto las jóvenes generaciones dejan de considerar *como propio* al Estado (digno de ser servido y defendido aún con el sacrificio de la vida). En cuanto a esto, el año de 1940 en Francia estableció el modelo de la paz a cualquier precio, aún con la rendición al enemigo. Todavía, esta enfermedad y otras de tipo similar parecen relacionarse funcionalmente con la extraordinaria capacidad creativa de Occidente, como si la desintegración fuera una condición necesaria para su progreso. Un decadente del 1900 se sentiría actualmente impresionado por el desarrollo sin precedentes de la ciencia, la tecnología, la medicina y las artes, precisamente en la era en que, de acuerdo a sus predicciones, no se iban a ver más que ruinas. Y la aparente salud del sistema totalitario, con su culto oficial al Estado y a las virtudes militares, oculta el mal del estancamiento en cada campo del esfuerzo humano, salvo en la producción de armas. Ahora, cuando el siglo se acerca a su término, no quedan dudas acerca del carácter paralizante de cualquier Estado basado en el monopolio de la propiedad y el poder. Se alimenta de los restos de un pasado orgánico —no erradicado del todo— o de la tecnología, la ciencia y el arte importado del exterior. Imaginar un Estado totalitario universal es imaginar una oscura edad de esterilidad e inercia.

Si los poetas europeos o norteamericanos no pueden desviar la lucha por el planeta, quieran o no admitir su interés en la cuestión, es dudoso que sus colegas de América Latina puedan ser capaces de mostrar una preocupación equivalente. Parecen vivir en un tiempo histórico diferente, el tiempo de los movimientos populares en esa parte del mundo, y no se sienten afectados con las cosas que un habitante de Polonia y Checoslovaquia conoce de primera mano. El no paralelismo de los tiempos históricos que coexisten en la Tierra introduce elementos adicionales en el desasosiego humano común a todos.

El destino de la civilización —de la única, porque las demás han perdido la partida— no es alentador y es por eso que algunos poetas son ahora entusiastas lectores de las profecías apocalípticas de Nostradamus. Cuando buscamos esperanza, debemos volvernos hacia la dinámica interna responsable de habernos llevado a ese preciso punto. Las cosas comienzan a parecer extrañas cuando reflexionamos en los conceptos de «salud» y «decadencia», cuando parecen ser sumamente engañosas. El tiempo estaba desajustado, no sólo para Hamlet sino también para Shakespeare y sería difícil sostener que exageraba la cuestión. De hecho, hacia el siglo XVI, la era moderna estaba aún en sus comienzos, cuando todo lo bueno y lo malo estaban por darse. Desde esa época, los poetas han tendido a visualizar un orden situado en alguna otra parte, en un lugar y un tiempo diferentes. Semejante anhelo, por su naturaleza escatológica, se dirige con-

tra cualquier «aquí y ahora», y se convierte en una de las fuerzas que contribuyen a un incesante cambio. ¿Es esto decadencia? Lo es, indudablemente, si se quiere significar una falta de habilidad para relacionarse con las formas existentes. Uno puede adelantar la hipótesis de que lo que sucede en Occidente es similar a los procesos iniciados en un organismo por las bacterias que son indispensables para sus propias funciones. Es posible que la rama occidental de la civilización se desintegre porque crea y cree porque se desintegre. El destino de la filosofía de Kierkegaard puede servir de ejemplo. Nació de las desintegraciones producidas en el interior del cristianismo, en todo caso dentro del protestantismo; a su vez, sus lecturas de Kierkegaard parecen haber influido en Niels Bohr, creador de la teoría cuántica del átomo.¹

Es posible que estemos presenciando una especie de carrera entre lo que da vida y la destructora actividad de las bacterias de la sociedad; por eso aguarda en el futuro un resultado desconocido. Ningún ordenador sería capaz de calcular tantos pros y contras; por eso un poeta, con su intuición, resta como una vigorosa —aunque incierta— fuente de conocimiento. Poniendo la política y la economía a un lado, retornaré ahora a mis propias razones de ser, sino optimista, al menos opuesto a la desesperanza.

Debemos hacer justicia a nuestra época, sólo comparándola con la de nuestros abuelos y bisabuelos. Algo sucedió, cuya importancia aún nos elude y parece muy común, a pesar de que sus efectos perduran y se acrecientan. La excepcional cualidad del siglo XX no queda determinada por los *jets* como medio de transporte, por la disminución de la mortalidad infantil o por la píldora del control de la natalidad. Está determinada por el surgimiento de la humanidad como una nueva y elemental fuerza; hasta ahora la humanidad ha estado dividida en castas diferenciadas por el vestido, la mentalidad y las costumbres. La transformación puede observarse claramente sólo en ciertos países, pero está ocurriendo gradualmente en todas partes y ocasiona la desaparición de ciertos conceptos míticos, difundidos durante el pasado siglo, acerca de las específicas y presumiblemente eternas tareas del campesino, el obrero y el intelectual. La humanidad como fuerza elemental, el resultado de la tecnología y de la educación masiva, significa que el hombre está accediendo a la ciencia y el arte en una escala sin precedentes.

Mi difunto amigo el escritor polaco Witold Gombrowics era muy consciente de esto. Tenía un don para hacer formulaciones insolentemente simples. «Estoy generalmente clasificado como un pesimista, incluso un “catastrofista” —dijo en Vence en 1968, un año antes de su muerte—. ² Los críticos han crecido acostumbrados a pensar que una literatura contemporánea de cierto nivel debe ser necesariamente negra. La mía no es negra. Por el contrario, es más bien una reacción contra el tono sarcástico-apocalíptico que está habitualmente de moda. Yo soy como el barítono en la Sinfonía Coral: “Amigos, ya basta de esta canción. Hagamos oír más gozosas melodías”».» Y aún más:

¿Alienación? No, tratemos de admitir que esta alienación no es tan mala, porque la tenemos en nuestros dedos —como dicen los pianistas—, en nuestros disciplinados y técnicos dedos, los cuales, aparte de la alienación, da a los trabajadores tantas fiestas libres y maravillosas al año, por lo menos, como días de trabajo. ¿Vacío? ¿El absurdo de la existencia? ¿La nada? No exageremos. Un dios o unos ideales no son necesarios para descubrir valores supremos. Sólo tenemos

¹ Max Jammer, *The Conceptual Development of Quantum Mechanics* (New York. McGraw Hill, 1966).

² *A Kind of Testament*, editado por Dominique de Roux (Filadelfia. Temple University Press, 1973).

que pasar tres días sin comer nada para que un mendrugo se convierta en nuestro supremo dios: son nuestras necesidades la base de nuestros valores, del sentido y el orden de nuestras vidas. ¿Bombas atómicas? Hace algunos siglos moríamos antes de los treinta años: plagas, pobreza, brujas, Infierno, Purgatorio, torturas... ¿Es que vuestras conquistas se os han subido a la cabeza? ¿Habéis olvidado lo que éramos ayer?

A esto podemos responder que el infierno de hoy y las torturas de hoy no son inferiores a las de la Edad Media. Sin embargo, el cambio que imagina Gombrowicz es real. La dificultad para apreciarlo correctamente proviene de una peculiar degradación que sigue a todo lo nuevo. Los ciudadanos de un Estado moderno, no ya moradores de su aldea y distrito, saben leer y escribir, pero no están preparados para recibir nutrición de un orden intelectual más alto. Están sustentados artificialmente en un bajo nivel por la televisión, los films y los magazines ilustrados; unos medios que son para la gente lo mismo que las pequeñas sandalias para el pie de la mujer en la vieja China. Al mismo tiempo, la élite está comprometida en lo que se llama «cultura», que consiste en su mayor parte en ritos que sirven al esnobismo y limitan con el hastío. Por lo tanto, la apertura esencial de la humanidad hacia el arte y la ciencia son sólo potenciales y deberá pasar mucho tiempo antes de que se convierta en un hecho universal.

Un poeta, sin embargo, presupone la existencia de un lector ideal, y el acto poético anticipa a la vez el futuro y acelera su llegada. Antes he hablado de las lecciones de biología y de la reduccionista *Weltanschauung* profesada universalmente en la actualidad. Expresé la esperanza de que será sustituida por otra visión mejor adaptada a la complejidad del mundo y los individuos. Me parece que este deseo debe estar enlazado, de una u otra manera, con una nueva dimensión emprendida por una humanidad esencial —y aquí espero alguna sorpresa de mi auditorio—, la dimensión del pasado de nuestra raza humana. Esto no parece demasiado probable, ya que la cultura de masas se inclina a olvidar rápidamente importantes acontecimientos (incluso recientes) y cada vez se enseña menos historia en las escuelas. Dejados considerar, sin embargo, lo que ha sucedido al mismo tiempo.

Nunca antes la pintura y la música del pasado había sido tan universalmente accesible a través de reproducciones y discos. Nunca antes habíase recreado la vida de las pasadas civilizaciones en forma tan gráfica. Y las multitudes que ahora visitan los museos y galerías no tienen precedentes históricos. De este modo la tecnología, que fuerza a la historia fuera de las salas de clase, compensa —quizá incluso con generosidad— lo que fue destruido. Atreviéndome a hacer una predicción, espero —tal vez bastante pronto— que en el siglo XXI se produzca un radical despido de la *Weltanschauung* caracterizada principalmente por la biología; y esto será la consecuencia de una conciencia histórica recientemente adquirida. En lugar de presentar al hombre a través de aquellos rasgos que lo ligaban a formas más altas de la cadena evolucionista, serán acentuados otros de sus aspectos: su carácter excepcional, la rareza y soledad de esta criatura misteriosa para sí misma, un ser que trasciende incesantemente sus propios límites. La humanidad se vuelve cada vez más hacia sí misma; cada vez más contempla su entero pasado, buscando una clave para su propio enigma, penetrando a través de la empatía de las generaciones pasadas y civilizaciones enteras.

Pueden descubrirse premoniciones de esto en la poesía del siglo XX. La educación en el 1900 era por supuesto el privilegio de una pequeña élite, e incluía el aprendizaje